

CISNES NEGROS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE CHINA Y ARGENTINA



INTRODUCCIÓN

Cisne negro se le llama a un episodio totalmente inesperado con el potencial de cambiar el panorama y que sólo parece lógico una vez consumado. En el último tiempo, la solidez de la relación sino-argentina afrontó dos de esos cisnes negros: la pandemia del coronavirus (COVID-19) y, previamente, los vaivenes en la disputa entre China y Estados Unidos. Tanto uno como el otro han ejercido una influencia sobre la relación bilateral, que excede el lugar donde se originaron y obliga a recalibrar expectativas.

EL CONTAGIO ECONÓMICO GLOBAL DEL CORONAVIRUS

Diecisiete años hay de diferencia entre las dos últimas epidemias que sufrió la República Popular China, si recordamos que al actual brote de coronavirus (COVID-19) le antecedió en 2002-2003 la propagación del síndrome respiratorio agudo grave (SRAG), aunque las circunstancias fueron bien distintas. En aquellos tiempos China todavía no había alcanzado la integración y preponderancia comercial que tiene hoy en día. Si se pone en números, China pasó de representar en 2002 el 6% del producto bruto mundial al 16% en el último año.

Bajo estas condiciones, en un mundo globalizado, cualquier adversidad que el gigante asiático experimente en su economía se va a propagar más rápido que el propio virus. Las medidas adoptadas por el gobierno chino para enfrentar lo que el presidente Xi Jinping llamó “una guerra del pueblo” tienen una magnitud difícil de imaginar en otros lugares del mundo. Entre las más destacables aparece haber puesto en estricta cuarentena a casi una veintena de ciudades, abarcando a 50 millones de personas y la construcción de 16 hospitales de uso específico en tiempo record.

Estos esfuerzos elogiados por la Organización Mundial de la Salud (OMS) tienen inevitablemente su correlato económico. Según estimaciones oficiales, el comercio exterior chino cayó 11% interanualmente en su volumen, durante los dos primeros meses del 2020. El Fondo Monetario Internacional (FMI) se vio obligado a revisar sus proyecciones económicas para el 2020 y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) ya se aventuró a bajar por lo menos cinco décimas en su previsión sobre el crecimiento económico mundial llegando apenas a 2,4%.



La pregunta del millón es cuándo se alcanzará el pico del contagio. En la perspectiva más optimista eso sucedería en marzo o abril, pudiendo China recuperar gradualmente la normalidad económica y dejando un impacto negativo sólo para el primer semestre del año. La mayoría de las señales apuntan en esa dirección, considerando que el jefe de la misión de expertos de la OMS, Bruce Aylward, reconoció que se había estabilizado el brote y que desde el gobierno se están desbloqueando ciudades y autorizando a las empresas a retomar sus actividades en etapas sucesivas. No es lo que sucede en el resto del mundo, que ahora tiene a Europa como el epicentro de la pandemia.

Precisamente, el principal problema es que el coronavirus ha trascendido China y que, siguiendo las palabras de Bruce Aylward, “*el resto del mundo simplemente no está listo*”. El aumento de los casos en países como Italia, Irán, Corea del Sur y Francia ya se están propagando a otros países con sistemas de salud más expuestos, generando una crisis para el comercio internacional mucho mayor. El panorama se complejiza si consideramos la caída en el precio del petróleo. En parte es efecto derivado de la pandemia del coronavirus, pero también se ha sumado el conflicto geoestratégico entre Rusia y Arabia Saudita.



EL CORONAVIRUS PARA LA RELACIÓN SINO-ARGENTINA

China constituye un engranaje esencial en la economía argentina. Desde hace más de una década es su segundo socio comercial, con una tendencia ascendente que hasta por momentos le arrebató el primer lugar a Brasil, de modo que es imposible que esta situación no traiga consecuencias para la economía local en distintos frentes.

Uno de los sectores más golpeados es el de las carnes, que actualmente concentra más de la mitad de las exportaciones a China. En orden de saciar su elevada demanda, China fomentó la importación de carne. Argentina, con el objetivo de aumentar sus exportaciones al gigante asiático, abrió 19 nuevas plantas frigoríficas (8 corresponden a establecimientos productores de carne porcina; 5, de carne vacuna; 1, aviar; 1, ovina; y 4 dadores de frío). Esas plantas fueron auditadas por el Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria (Senasa), tras un acuerdo histórico con su contraparte china. Fue una prueba contundente de la confianza generada entre ambos gobiernos durante los últimos años.



La pandemia de Coronavirus puso en jaque las exportaciones argentinas de carne, dado que el 75% son destinadas a China. En palabras del vicepresidente de la Federación de Industrias Frigoríficas Regionales Argentinas (Fifra), Daniel Urcía, “*el Coronavirus hizo realidad el fantasma que todos algunas vez nos preguntamos ¿qué pasaría si China deja de comprar carne?*”. Como consecuencia de la paralización de gran parte del sistema económico (en especial de la actividad portuaria), más otros problemas de los exportadores por la renegociación de sus contratos, los envíos de carne y sus preparados cayeron en enero de 2020 un 33,4% en dólares respecto a su valor de diciembre, según mediciones de la consultora Abeceb.

En materia arancelaria, el nuevo gobierno de Alberto Fernández bajó los derechos de exportación para la carne porcina del 9 al 5 por ciento, favoreciendo una mayor competitividad.

De forma opuesta, se ha decidido por el momento dejar el 9 por ciento en las retenciones para la carne vacuna (a pesar de que se tiene en carpeta la posibilidad de segmentar los aranceles). La intención es que la carne sin hueso tenga un tratamiento que favorezca su exportación a fin de preservar el “asado” para el consumo local.

Por el lado de la soja, los porotos de soja son el segundo producto más exportado a China. Sobre ellos, el gobierno argentino decidió subir las retenciones del 30 al 33%, a fin de aumentar los ingresos fiscales del Estado.

Ello sucede en un momento muy poco oportuno, en el cual caen la demanda y los precios.



Yendo al terreno de las importaciones, los productos que ingresan desde China comprenden una gran variedad que va desde Glifosato hasta insumos para productos electrónicos. Justamente, el sector electrónico junto al textil son los que más se perjudicarán por eventuales demoras en los envíos. Para países con economías más abiertas, el golpe será mayor, pero aún así, China representa un importante 19% de las importaciones argentinas.

En el orden financiero las miradas son dispares. Hay quienes sostienen que la propagación de la pandemia actúa como un factor exógeno que genera una incertidumbre que complejiza la reestructuración de la deuda. De igual manera, también se defiende que esa misma incertidumbre produce una baja en los rendimientos de los bonos del Tesoro norteamericano, facilitando la negociación con los bonistas privados.

En definitiva, los efectos económicos que pueda provocar el coronavirus dependen de cuándo será el momento en que se alcance el pico del brote. Los daños en el primer semestre ya están prácticamente consumados para varios sectores, pero de llegar a ser esto el origen de una recesión global, el escenario tiene la fuerza de ser considerablemente más dañino comparado, por ejemplo, con la última gran crisis global de 2008/9.

EL OTRO CISNE NEGRO: LA RELACIÓN ENTRE CHINA Y ESTADOS UNIDOS

Antes de que se hablara del coronavirus, el condicionante difícil de prever para la relación de Argentina y China eran las consecuencias derivadas de la disputa tecnocomercial entre China y los EE.UU. La convicción del presidente Donald Trump de acabar con lo que considera “prácticas injustas” de China, y la posición de su par Xi Jinping de replicar cada medida disuasoria, desembocó en marzo del 2018 en una guerra comercial entre las dos mayores potencias globales.

Las trabas bilaterales que se fueron poniendo al comercio recíproco fueron una oportunidad para muchos países de llenar el espacio que en el mercado chino ocupaban los productos estadounidenses. Brasil fue uno de los más beneficiados, ayudando en 2019 a aumentar su producción de granos en un 6,6%. No fue así en el caso argentino, que por estar atravesando una fuerte sequía y otras dificultades no estuvo en condiciones de incrementar su producción.

A mediados de enero de este año el panorama cambió cuando los gobiernos de China y EE.UU. acordaron la “Fase 1” del acuerdo comercial. El gobierno chino se comprometió a achicar su superávit comercial comprando productos estadounidenses con un valor de 200 mil millones de dólares en los próximos dos años. El monto es de una magnitud exorbitante e inclusive antes de la propagación del coronavirus ya se dudaba de que se pudiese efectivizar. De todas maneras, Beijing dio pasos concretos en esa dirección cuando en febrero se concedieron nuevas exenciones arancelarias a 696 productos importados de EE.UU. Lo positivo para muchos países es que se retrasa la industrialización china de materias primas, pero al mismo tiempo el riesgo está en que el problema global de salud provoque el cierre de esta ventana de oportunidad.



No obstante el encauzamiento de las negociaciones entre China y EE.UU., la nueva administración argentina encabezada por Alberto Fernández está lejos de gobernar en un contexto internacional de concordancia entre las dos potencias más grandes del mundo. De por sí, el estallido del coronavirus produjo acusaciones cruzadas sobre la responsabilidad de la pandemia que podrían intensificarse en caso de prosperar el clima de incertidumbre. Por otro lado, en la Fase 1 no se hizo referencia a lo arancelario, y se espera que recién se va a negociar a fondo esta cuestión después de las elecciones presidenciales en EE.UU., donde Trump se perfila como favorito. Igualmente, la presión estadounidense es fuerte para impedir el desarrollo de redes 5G con tecnología china y evitar que más países adhieran al memorándum de entendimiento sobre la iniciativa de la Franja y la Ruta (un megaproyecto global de inversiones en infraestructura para mejorar la conectividad con China). Ambos emprendimientos podrían ser significativos para el desarrollo argentino, pero en medio de una compleja reestructuración de la deuda externa que necesita de la aprobación de EE.UU., esto se tornará más difícil de concretar.

Autores:

Mg. Patricio Giusto, Director del Observatorio Sino-Argentino

Lic. Vicente Teruggi, Director de Proyectos

Lorenzo Agüero, Investigador

